

SAN TELESFORO, PAPA Y MÁRTIR

Día 5 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

Entre los soldados valerosos de Jesucristo, auxiliares de los apóstoles en la promulgación de la fe, se refieren aquellos esclarecidos varones solitarios, imitadores de los santos profetas Elías y Eliseo, habitantes en el monte Carmelo, donde, en honor de la Santísima Virgen, edificaron un oratorio para darle culto. Los cuales, bien entendidos del cumplimiento literal de los oráculos antiguos en la persona de Cristo, verdadero Mesías, prometido en la ley y en los profetas, predicaban su Evangelio entre los gentiles y judíos esparcidos por Palestina, Samaría y otras provincias. Uno de los profesores de este instituto fue San Telesforo, griego de nación, hombre de eminente santidad, de ingenio sobresaliente y de extraordinaria grandeza de espíritu, cuya fama no sólo ilustró las vastas regiones del Oriente, sino que llegó á Roma, donde, bien conocido su mérito, después de la muerte del papa Sixto I fue electo sumo pontífice en el día 9 del mes de Abril del año 139, en tiempo del imperio de Antonino Pío.

Tenía la Iglesia necesidad de un pastor magnánimo, brioso y científico en aquel tiempo en que el furor de los gentiles la perseguía de muerte, y la perversidad de los herejes no perdonaba medio alguno para corromper el sagrado depósito de la fe y la santidad de las costumbres; y este auxilio logró en Telesforo, que, elevado á aquella primera cátedra, se portó como un verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles, acreditando con su ejemplar vida el espíritu de su

instituto, y con sus singulares virtudes y santidad el mérito de sus predecesores. Bien persuadido de las obligaciones propias de un pastor universal de la Iglesia, procuró desempeñarlas con la mayor vigilancia. No faltaron en su tiempo ocasiones para demostrarlo. Los discípulos de Basiliades Antioqueno, hombre de ingenio agudo y perverso, socio de Saturnino y discípulo de Menandro, penetraron hasta Roma con el fin de sembrar en ella el veneno de su impía doctrina contra el Redentor del mundo. Cedrón, otro heresiarca maligno, que por principio de su secta establecía dos dioses, uno bueno y otro malo, despreciaba el Antiguo Testamento y los Profetas y negaba que Jesucristo hubiese nacido de Santa María Virgen, tenido verdadera carne, padecido y muerto en realidad: con los sofismas de que se valía, tenía engañados á no pocos hombres sencillos. Estos y otros monstruos del Infierno, que se reunieron en la capital del orbe cristiano, perseguían á la Iglesia con más daño que los mismos gentiles; de forma que la pusieron en el extremo de peligrar, si el Señor, que afianzó con sus promesas su eterna estabilidad contra el poder del abismo, no hubiera providenciado á un pastor tan celoso, eficaz é invencible como Telesforo, que, oponiéndose á semejantes fieras, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á sepultar la perversidad de tan detestables doctrinas.

Echó Dios sus bendiciones sobre los celosos trabajos de este insigne Pontífice, por cuyos desvelos se vio libre el rebaño de Jesucristo de las enfermedades contagiosas de las herejías, con suceso tan feliz, que en su tiempo se vio en Roma, centro de la unidad y de la fe, florecer ésta, el fervor de los fieles y la santidad de sus costumbres.

No satisfecho su celo con tan penosa fatiga, deseoso de dilatar el Reino de Jesucristo, envió muchos operarios apostólicos por diferentes partes del mundo á que

predicasen el Santo Evangelio, y con la luz de su celestial doctrina iluminasen á los miserables infieles sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Aun en tiempos tan turbulentos como fueron los de su pontificado, encontró lugar su solicitud para publicar decretos utilísimos sobre disciplina eclesiástica. Fueron memorables, entre ellos, la disposición de que los obispos y sacerdotes de Dios no fuesen acusados falsamente por algunos seculares ni manchados con cualquiera clase de calumnias; que no se juzgase al prójimo con temeridad, especificando la clase de acusadores que debían admitirse en los juicios, y mostrando con muchos testimonios de la Santa Escritura la malicia de los que fuesen tales contra los siervos de Dios.

Asimismo estableció la abstinencia de carnes y lactiginios por el espacio de siete semanas precedentes á la Pascua de Resurrección; de modo que, aunque el ayuno cuadregesimal tuvo su origen de institución apostólica, observado por tradición, según las diversas costumbres de las iglesias, Telesforo le ordenó en el tiempo dicho por constitución perpetua. También dispuso que en la noche de la Natividad de nuestro Salvador se celebrasen tres Misas: una á la media noche, en que nació Jesucristo; otra al romper la aurora, cuando fue adorado por los pastores, y otra en la hora de tercia, en señal de la luz que brilló sobre nosotros por el nacimiento del Mesías; con la prevención de que en estas y otras Misas solemnes se rezase ó cantase el himno *Gloria in excelsis Deo*, y que, en el Santo Sacrificio, se dijese el Evangelio antes del Canon. Cuatro veces dio Ordenes en el mes de Diciembre, en las que creó diez y nueve presbíteros, diez y ocho diáconos y trece obispos para diversas iglesias.

Después de once años, nueve meses y tres días en el gobierno de la Iglesia como pastor celosísimo, terminó su

carrera con la gloria del martirio en tiempo del emperador Antonino Pío, el día 5 de Enero del año 150, en el que hace mención de este insigne pontífice el Martirologio Romano, cuyo celo, santidad y sabiduría elogian San Irineo, Tertuliano, Epifanio y San Agustín, entre otros muchos escritores antiguos. Su cuerpo fue sepultado en el Vaticano, inmediato al de San Pedro,

La Misa de hoy es de la vigilia de la Epifanía, y la oración es la siguiente:

Todopoderoso y sempiterno Dios, dirigid todas nuestras acciones según la regia de vuestra divina voluntad, para que en el nombre, y por los merecimientos de vuestro querido Hijo Jesucristo, podamos producir en abundancia frutos saludables de buenas obras. Por el mismo Señor Nuestro Jesucristo, que contigo vive y reina, etc.

La Epístola es del cap. 4 de San Pablo á los Gálatas.

Hermanos: mientras que el heredero es párvulo, en nada se diferencia de un esclavo, siendo el señor de todo; sino que está bajo los tutores y curadores hasta el tiempo determinado por su padre. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos sujetos á las primeras instrucciones del mundo. Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios á su Hijo, formado de una mujer, sujeto á la ley, para que redimiese á los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos. Y porque sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clamaba: Abba, esto es, Padre. Así, pues, ninguno de vosotros es ya esclavo, sino hijo. Y si es hijo, es también heredero de Dios por Cristo.

REFLEXIONES

i Qué poco conocemos las grandes ventajas que gozamos en la ley de gracia! Los judíos recibieron las promesas; nosotros recogeremos los frutos. ¡Gran lástima será que no estimemos el precio! Como hijos adoptivos de Dios, somos coherederos de Jesucristo y herederos de Dios mismo. ¿Se comprende esta gran dicha, cuando se siente tan poco perder tan rica herencia? Somos hijos de Dios, ¿y procuramos solícitos portarnos como tales? ¿Amamos á Dios y le honramos como si fuera nuestro Padre?

Libres estamos ya de las duras observancias de la ley antigua; en nuestra mano está disfrutar las dulzuras de la nueva. En ella derrama sus dones el Espíritu Santo; en ella se dejan sentir las bendiciones del Cielo; en ella todo es auxilio, todo son gracias. Consideremos qué dicha la de ser hijos de Dios, amados de su Espíritu; poder recurrir á él á todas horas, y en todas nuestras necesidades poder llamarle Padre á boca llena. ¡Oh qué gran motivo para alentar la confianza! Por irritado que esté como Señor, como Dios y como Juez, al fin es siempre nuestro Padre. Nuestras costumbres, nuestras máximas y nuestra conducta ¿nos acreditan de hijos suyos?

La augusta cualidad de hijos de Dios prevalece á todas las demás; todas las obscurece, todas las absorbe. Ser de familia ilustre, ennoblecida por heroicas hazañas, por elevados empleos, por méritos de los antepasados; ocupar un puesto muy distinguido en la monarquía; ser favorecido de un gran príncipe, ser oficial en el ejército, ser ministro de los primeros tribunales; poseer grandes bienes, sobresalir en el ingenio, en el saber y en la elocuencia; estar lleno de títulos pomposos, de magníficos cargos, todos éstos son nombres grandes, pero grandes vanidades; nombres vacíos que nada significan á la hora de la muerte. ¿Qué consuelo, qué

confianza, qué prerrogativa dan á un moribundo en aquella última hora? ¿Qué estimación añaden á las cenizas en la sepultura? La cualidad de hijos de Dios es la única que se respeta aun en la otra vida; éste es el único título que nos da derecho á la felicidad eterna, á aquella gloria que con nada se obscurece, que no puede borrar la misma muerte. Esta es aquella nobleza que jamás se desluce; ésta es aquella cualidad, aquella excelencia en la cual fundan su mérito los mismos ángeles. El nacimiento humilde, la condición obscura, el oficio vil, la pobreza, la riqueza, los talentos, las prosperidades, los bienes de fortuna, todo aflige á los que el mundo desprecia. Pero ¡ qué agravio se hacen á sí mismos en quejarse de su suerte! No de otra manera que si un príncipe, heredero próximo de la corona, se afligiese por no ser ministro de un consejo ó gobernador de una plaza. Esos pobrecitos tienen la eminente cualidad de ser hijos adoptivos de Dios; poco conocen la verdadera grandeza, poca idea tienen de la nobleza verdadera los que no tienen en más estimación esta eminente cualidad que todas las vanidades humanas. *Amados míos*, decía el evangelista San Juan, *ahora somos hijos de Dios, y lo que después seremos ahora no se ve. Mirad qué grande amor nos ha mostrado el Padre Celestial, pues tenemos el nombre de hijos de Dios, y verdaderamente lo somos.* (1, Joan., ni, 1 y 2.)

El Evangelio es del cap. 2 de San Mateo.

En aquel tiempo: Muerto Herodes, he aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto, diciéndole: Levántate, y toma al Niño y á su Madre, y vuelve á la tierra de Israel; porque ya murieron los que buscaban al Niño para matarle. Levantándose, pues, tomó al Niño y á su Madre y vino á la tierra de Israel. Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea por su padre Herodes, temió ir allá: y avisado en sueños, se retiró á

Galilea. Y vino á habitar en una ciudad que se llamaba Nazareth, para que se cumpliese lo que dijeron los profetas: Será llamado Nazareno.

MEDITACIÓN

Del modo de disponerse para celebrar las fiestas grandes.

PUNTO PRIMERO.—Considera los cuidados que se emplean, los gastos que se hacen y el tiempo que se gasta en las prevenciones para una fiesta profana: el corazón, el ingenio, el bolsillo, todo se pone en movimiento, todo se ocupa, todo se consume. Llega el día de la fiesta: ¡qué atención á que todo esté prevenido, qué ansia de brillar, qué empeño en sobresalir, qué miedo de no dar gusto, de no quedar con lucimiento! Mi Dios, ¿hay las mismas ansias, empléanse los mismos cuidados, hácese las mismas prevenciones para celebrar nuestros mayores misterios? ¿Qué disposiciones se practican para celebrar una fiesta religiosa?

No nos pide Dios tanto. Un corazón puro, una fe viva, una devoción tierna, éstas son las únicas y verdaderas disposiciones. Un culto que se contenta con meras exterioridades, más es vano artificio que verdadero acto de religión. Quiere Dios ser adorado en espíritu y en verdad: éste es el fin principal á que se dirige la celebridad de nuestras fiestas. Porque ¿á qué fin renovar todos los años los Misterios de nuestra religión, traernos tan frecuentemente á la memoria los beneficios que debemos al Salvador, sino para avivar nuestra fe y para excitar nuestro reconocimiento? ¿A qué fin la abstención de todas obras serviles, sino para ocuparnos enteramente en las divinas? Nuestras fiestas, siendo solemnidades de religión, ¿será bien hacerlas puramente mundanas y profanas? Quiere Dios ser honrado en ellas

con sacrificios que nazcan del corazón, con públicos homenajes: ¿y se contentará con esas apariencias momentáneas, con esas entradas y salidas en la iglesia, en que tiene más parte la costumbre y el ir adonde van todos, que la devoción y la piedad?

Celébrase mañana la memoria de la adoración de Jesús por los Magos. Todos debemos también adorar á Jesucristo. ¿Presentarémonos en su presencia con el corazón manchado y con las manos vacías? ¡Qué indecencia aparecer delante de Jesucristo sin el adorno de su librea! ¡Qué indignidad ponernos á su vista en día tan grande sin la debida preparación!

¡Dios mío, qué pequeño concepto he formado yo hasta ahora de la santidad, de la majestad de mi religión, pues he aplicado tan poco, tan ningún cuidado á santificar las mayores fiestas de ella! Sea prueba de mi arrepentimiento la sincera confesión que hago de mi descuido; resuelto estoy á enmendar desde este día un desorden tan digno de corregirse.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que debe escandalizarnos, pero no admirarnos, que los días más solemnes del año sean los menos santificados y también los más vacíos. Porque ¿cuál es nuestra preparación para celebrar las mayores solemnidades?

Las vigiliás, que sólo se instituyeron para purificar por medio de la penitencia, de la oración y del recogimiento el corazón que debe ser presentado al Señor, se han convertido en días de distracción y de tumulto. Los negocios, el mundo, la vanidad ocupan todo el tiempo. ¿Úsase otra disposición para las fiestas? Como el demonio es tan sagaz, se anticipa á hacerse dueño de las primicias, sabiendo bien que el fruto que se podía sacar en estos días solemnes depende en gran parte de

las vigiliias.

No volvió Cristo á Judea, hasta que murió el tirano Herodes. Mientras reinen en el corazón humano las pasiones, no hay que esperar que Dios se aposente en él. ¿Queremos volver á encontrar á nuestro Salvador en estos días de bendición? Pues trabajemos desde la víspera en hacer morir á todos los enemigos que le tienen retirado. Bastó que el hijo de Herodes reinase en Judea para obligar al Salvador á no detenerse en ella. Reinará el Señor, y reinará de asiento en un alma, y la llenará de bendiciones y de dulzuras en abundancia, particularmente en estos días grandes, como estén desterrados de ella todos sus enemigos. Sin esto, podrá visitarla alguna vez, pero será una visita pasajera.

¿Quiérese gustar de Dios en estos días solemnes? Pues empléense santamente las vigiliias. Si éstos son días de penitencia y de recogimiento, los días siguientes serán días de fiesta para el alma. Por eso antiguamente se pasaban en la iglesia todas las noches que precedían á las festividades más solemnes. Ya que ahora no hagamos tanto, dediquemos por lo menos algunas horas del día precedente á la oración y al recogimiento. ¿Somos por ventura menos cristianos que nuestros padres y nuestros abuelos? Pues ¿por qué seremos menos celosos y menos devotos?

Dios mío, uno y otro lo espero de vuestra misericordia; y pues me habéis hecho la gracia de darme á conocer y detestar el error en que he vivido hasta aquí, descuidado de una preparación tan necesaria, disponed que al cuidado que desde hoy en adelante he de aplicar para celebrar con devoción las fiestas de la Iglesia corresponda yo solemnizándolas según el espíritu de vuestra divina intención, logrando de esa manera que estos días grandes sean para mí días de bendición y de

salud.

JACULATORIAS

Hoy sabrás que ha de venir el Señor, y mañana te manifestará su gloria.—*Exod.*, 16.

Disponed vuestros corazones para servir al Señor, y servidle á El únicamente, porque mañana es el día de su solemnidad.—1 *Reg.*, 7. *Exod.*, 32.

PROPÓSITOS

1. Fuera del recogimiento interior y del espíritu de retiro, que has de procurar observar en este día, dispón tus negocios de manera qué te pueda quedar libre una parte de la tarde para prepararte á tan grande solemnidad. Si se puede, será muy conveniente confesarse en la víspera, porque ninguna otra preparación es más eficaz ni contribuye tanto al recogimiento. A lo menos, cuando esto no se pueda, se debe hoy disponer la confesión para mañana. Asiste á las vísperas solemnes de esta tarde y pasa una buena parte de ella en la iglesia, empleándola en oración y en ejercicios de piedad, ya que noi está en uso pasar la noche, como antiguamente.

2. Retírate á casa á buena hora, para dar algo de más tiempo á la lectura espiritual. Después de cenar, junta los hijos y la familia; haz que se lea la historia del Misterio de mañana, explícales la devoción con que deben celebrarle, y exhórtalos á que confiesen y comulguen y que asistan con devoción á la Misa mayor y á los divinos oficios: ¡Qué abundantes bendiciones derramaría el Señor en todas las familias, si los amos y los padres de ellas se aplicaran con más desvelo al cuidado de la salvación de los que Dios ha confiado á su

dirección y gobierno! Por medio de estos piadosos ejercicios, y por la fidelidad en cumplir exactamente tales devociones, llegan las almas á la santidad, como á cada uno se lo enseñará bien presto su experiencia.